

# Lectura, escritura de mujeres y transmisión familiar en *Lengua madre*, de María Teresa Andruetto Aprender de (pos)memoria

Mariela Sánchez  
msanchez@fahce.unlp.edu.ar

## MEDIOS PARA REMONTAR LA PROPIA HISTORIA

Cuando un concepto teórico o un determinado paradigma parecen no bastar como herramienta de análisis, en ocasiones ocurre que se apela a algún prefijo o a una adjetivación que subsane esa carencia. Algo así ocurrió con la incorporación del término *posmemoria*. Asumiendo el riesgo de retransitar definiciones conocidas, conviene traer a cuento, aunque más no sea de manera breve, algunas consideraciones esenciales: «Postmemory describes the relationship of the second generation to powerful, often traumatic, experiences that preceded their births but that were nevertheless transmitted to them so deeply as to seem to constitute memories in their own right».<sup>1</sup>

En Argentina se debatió mucho la pertinencia del concepto. El argumento más señalado para marcar lo que se veía como una falta de operatividad de la designación fue el de Beatriz Sarlo,<sup>2</sup> quien criticó la presunta inflación teórica de ese añadido al que no le encontraba funcionalidad justificada. Recordemos alguna de sus sentencias al respecto: «Se dice como novedad algo que pertenece al orden de lo evidente: si el pasado no fue vivido, su relato no puede sino provenir de lo conocido a través de mediaciones; e, incluso, si fue vivido, las mediaciones forman parte de ese relato».<sup>3</sup>

Ahora bien, aún en el caso de que se aceptara la pretendida obviedad de la existencia de mediaciones en todo ejercicio de memoria, dedicarse a analizar la

1. Marianne HIRSCH: «The Generation of Postmemory», *Poetics today*, 29.1 (2008), p. 103.

2. Beatriz SARLO: *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2007.

3. *Ibid.*, p. 128.

especificidad de la transmisión y la forma en que se hereda ese pasado tiene sentido en la medida en que contribuye a desentrañar modos de contar que varían al no corresponder a los principales actores de los hechos. Esos recursos dan cuenta de conflictos que merecen una atención puntual.

Resulta apropiado también considerar la subdivisión generacional cuya sistematización propone Elsa Drucaroff (2011)<sup>4</sup> cuando aborda la Nueva Narrativa Argentina (NNA). En el que sería el ámbito de la posmemoria –y a diferencia de la generación militante– que sería aquella capaz de llevar a cabo un ejercicio de memoria, Drucaroff se refiere a dos generaciones de posdictadura: una primera generación, la de los escritores y las escritoras nacidos y nacidas aproximadamente entre 1961 y 1970, y una segunda generación, la de quienes nacieron entre 1971 y 1989. Es claro el empeño en ser precavida en la delimitación y en reconocer los riesgos de tratamientos clásicos en torno al tema generacional y su problemática adopción. De ninguna manera son tomadas las franjas etarias como compartimentos estancos, sino que se ensaya una subdivisión que reconoce diferentes hitos históricos en la adquisición de un determinado grado de conciencia. En el primer grupo, Drucaroff ubica a quienes han adquirido conciencia ciudadana frente a la guerra de las Malvinas, en 1982,<sup>5</sup> o ante el comienzo de la democracia, a finales de 1983; en el segundo grupo, identifica como nacimiento a la conciencia ciudadana las manifestaciones por la educación que se produjeron en 1992, pero muy especialmente el estallido social de los días 19 y 20 de diciembre de 2001.<sup>6</sup> Por supuesto, al no poder pensarse en un corte abrupto, y también debido a la inviabilidad de un conjunto homogéneo, hay continuidades y diferencias entre ambos grupos. Quisiera resaltar, como uno de los puntos de divergencia acaso más significativos, una actitud tendiente a cierto ostracismo en la primera generación,

4. Elsa DRUCAROFF: *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la postdictadura*, Buenos Aires, Emecé, 2011.

5. Recordemos que la guerra de Malvinas fue declarada a Inglaterra en 1982 por la última dictadura militar de Argentina (1976-1983) con el objetivo de recuperar el territorio de las islas (las Malvinas entre otras) que se encuentran en la plataforma continental argentina. Si bien es innegable que hay motivos históricos y geográficos como para que a futuro se vuelva a plantear la soberanía sobre las islas, es un hecho comprobado que no había en 1982 ningún atisbo de una política pertinente para replantear la añeja apropiación ni la posesión del terreno. Se trató más bien de un último recurso dictatorial ante el advenimiento de un anunciado eclipse del régimen *de facto*.

6. Durante los días 19 y 20 de diciembre de 2001 se produjo en Argentina un estallido social, localizado en diferentes puntos a lo largo de todo el país, que tuvo como factor desencadenador más inmediato la acentuación de una recesión económica de larga data, que se remonta incluso y muy fundamentalmente a medidas económicas de vaciamiento del país aplicadas durante la última dictadura, y que se agudizó entre 1998 y 2002. Esta crisis fue perjudicando cada vez más a los pequeños productores, a los trabajadores en general, a algunos sectores profesionales, y de modo muy marcado, a los desocupados. Habían florecido en los meses anteriores a diciembre de 2001 modalidades alternativas de supervivencia popular como clubes de trueque, que tendían a paliar las dificultades económicas para el normal desenvolvimiento de la vida diaria. En diciembre, con el objetivo de salvar a las entidades financieras y de frenar una corrida bancaria, el gobierno implementó medidas económicas que produjeron una asfixia social gravísima que terminó en saqueos, declaración de estado de sitio, la renuncia del presidente Fernando de la Rúa y un estallido con represión policial en las calles –en las que la sociedad se manifestaba– que arrojó el saldo de 39 muertos y más de 400 heridos.

que recuerda a través –y a partir– de determinadas mediaciones más cercanas a la dictadura. Frente a ellos, los y las más jóvenes, que han tenido una mayor mediación, al menos en cuanto al tiempo transcurrido y a la lectura, a través de otros episodios nodales ya en democracia –es decir, quienes pertenecen a la segunda generación de posdictadura, en términos de Drucaroff– presentan una más marcada tendencia a lo colectivo. Traigo a colación esta división, no porque se formule en ella explícitamente el concepto de posmemoria, sino porque operativamente se presupone ya incorporada la necesidad de no soslayar esa operatividad. También porque alienta a ir más allá y a tener en cuenta, para el caso argentino, otros factores que complejizan aún más todo aquello que implique una posterioridad con respecto a un acontecimiento tan extremo como, en este caso, una dictadura que sistematizó y naturalizó prácticas como la desaparición forzada de personas.

Andrea Cobas Carral (2013)<sup>7</sup> se ha dedicado con detenimiento a la narrativa de hijos y ha sido pionera en consideraciones sobre *corpus* argentino en las que subyace la conceptualización de Marianne Hirsch. Implica una gran apertura el hecho de que se refiera a hijos de desaparecidos pero que también mencione una categoría más abarcadora, la de «hijos de víctimas de la violencia de Estado»,<sup>8</sup> porque ello deja un margen para la inclusión de casos limítrofes y la viabilidad de indagar en consecuencias que no han llegado a la desaparición pero que asimismo conllevan un daño irreparable.

Luz Souto (2016)<sup>9</sup>, a su vez, realiza un valioso aporte al proponer una alternativa conceptual para el campo de la narrativa argentina de posdictadura, tanto literaria como audiovisual, la *intermemoria*:

[L]a memoria que ellos [los hijos de los desaparecidos de la última dictadura militar argentina] construyen no sólo estará ligada a los padres desaparecidos (generación anterior) sino también a la condición que les ha marcado como niños-víctimas, niños-estigma. Son memorias *entre, en medio* de dos experiencias. En este sentido propongo para ellos no hablar de una *posmemoria* (Hirsch) sino de una *intermemoria*, porque se trata de una construcción de los hechos escalonada, gradual, que afecta directamente a quien la enuncia y que va cambiando a través de los años.<sup>10</sup>

Es muy interesante considerar ese lugar intermedio que matiza la idea de una progresividad cronológica que puede caer en una concepción lineal si solo se con-

7. Andrea COBAS CARRAL: «Narrar la ausencia. Una lectura de *Los topos* de Félix Bruzzone y de *Diario de una princesa Montonera* de Mariana Perez», en Mariela SÁNCHEZ y José MARTÍNEZ RUBIO (eds.): Número monográfico *Cruces atlánticos de la memoria. Narrativa de España y Argentina*, *Olivar*, 20 (2013), pp. 15-20.

8. *Ibid.*, p. 34, nota 11.

9. Luz Celestina SOUTO: «Los niños subversivos y la intermemoria», en Fernando REATI y Margherita CANNAVACCIUOLO (comps.): *De la cercanía emocional a la distancia histórica. (Re)presentaciones del terrorismo de Estado, 40 años después*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2016, pp. 191-208.

10. *Ibid.*, p. 192, énfasis en el original.

sidera lo «post» en un sentido de posterioridad. Además, el concepto de *intermemoria* refuerza la necesidad de pensar en una memoria dinámica y configurada con anclaje en un presente que va cargándose de signos variables. Sin embargo, hay que hacer una salvedad primigenia para el caso del que nos ocuparemos: no se trata estrictamente de la mirada de un hijo de desaparecidos aquella que se literaturiza en la obra a analizar, sino la de una hija de militantes que no perdieron la vida durante la dictadura, pero de los que, de todos modos, la protagonista se vio privada. El exilio del padre y fundamentalmente el *insilio* de la madre –es decir, la permanencia en el país, pero apartada y escondida, en unas condiciones extremas de aislamiento y distancia– hacen que los conceptos teóricos registrados en este apartado sean pertinentes como marco, si bien no necesariamente aplicables de manera directa. Harían falta acaso otros prefijos o tal vez adjetivaciones capaces de ensayar una especificidad mayor. En lugar de aventurarnos en una proliferación terminológica que podría ser funcional en un artículo de raigambre más teórica, quedémonos con este panorama de diferentes abordajes que no se contradicen, sino que exponen modalidades específicas de un trabajo de elaboración de la memoria que está mediado por vectores etarios y de vinculación con los hechos acontecidos.

La discusión y la posibilidad de explorar, de acuerdo con el aspecto que se esté analizando, diversas conceptualizaciones y gradaciones en su aplicabilidad no quedó saldada y es saludable que esto no se haya obturado. Los alcances y las limitaciones de la posmemoria siguen disparando interrogantes a partir de nuevos textos y, sobre todo, de nuevas articulaciones narrativas que pueden analizarse a la luz de esa distancia acentuada que conlleva.

El título de este artículo incluye un juego de palabras con la habitual expresión «aprender de memoria», que remite, asimismo, al «estudiar de memoria», esa práctica que poco tiene que ver con una elaboración crítica, personal, consciente. Aprender o estudiar de memoria apuesta, en cambio, por el facilismo mecánico de una reiteración automatizada, aunque efectiva, al menos a corto plazo. Pero el juego de palabras apunta también a la idea de aprender *de la* memoria, hacerse consciente de la experiencia individual y colectiva sobre la base de un conocimiento reflexivo respecto de hechos del pasado que siguen repercutiendo en el presente y en la conformación de la propia identidad.

La mediación que interpone la idea de posterioridad propia de la posmemoria añade capas que imprimen mayor distancia que en la narrativa de la memoria pero que son, al mismo tiempo y aunque parezca contradictorio, un andamiaje para la trabajosa tarea de la comprensión y la empatía en relación con la vivencia de un episodio traumático, sus consecuencias y rastros. Lejos de constituirse en una etiqueta destinada a parcelar en compartimentos generacionales autorías y tratamientos del pasado reconocible, la impronta teórica de un prisma posmemorial habilita, en el caso de algunas obras para las que resulta muy apropiado, un recurso que contempla particularidades atinentes a la brecha generacional y a mecanismos de alejamiento que ponen en jaque el conocimiento de la propia historia y algunos

avatares de la configuración del yo. El *pos* del título también queda entre paréntesis por lo que tiene de aleatorio y de controversial, de ser pasible de adopción, en algunas ocasiones con muchas precauciones, en otras con cabal operatividad.

La literatura, aun en tiempos de predominio de lo audiovisual, suele ser un canal para este tipo de problematizaciones que atraviesan a sujetos y a sociedades enteras. En la narración literaria, en la sempiterna necesidad humana de contar y de contarse, sigue habiendo un vehículo para que determinados aprendizajes y comunicaciones se formulen o incluso se lleven a cabo.

### «TAN LEJOS, TAN CERCA». 'LENGUA MADRE', MEMORIA HUÉRFANA

*Lengua madre* (2010), de María Teresa Andruetto,<sup>11</sup> nuclea ejemplarmente los aspectos que hasta ahora he delineado y, al mismo tiempo, ofrece señas diferenciales que lo convierten en una apuesta literaria diferente, que convoca los términos transitados en el primer apartado pero que requiere una atención especial. Titular el presente apartado con una tácita alusión –traducción mediante– al título de la película de Wim Wenders, *In weiter Ferne, so nah!*, apunta a poner en yuxtaposición la difícil relación entre una madre y una hija, Julia y Julieta, a causa de los corolarios de un traumático *insilio*, un exilio interior, una permanencia forzada y signada por el miedo.<sup>12</sup> Pero sobre todo para instalar el vector de la cuestión geográfica como elemento de peso, algo no siempre protagónico cuando se trata de los conceptos de posmemoria y posdictadura. El libro está constituido por una transmisión que se posterga en una dilación que no acarrea en modo alguno desinterés, sino la dificultad de enfrentarse al dolor y a la ausencia de asimilación de un vacío afectivo de vidas familiares signadas por los efectos de la persecución y la violencia estatal.

En *Lengua madre* asistimos a una narración en tercera persona en la que se refiere el contenido de una serie de cartas que llevan a develar la historia de un distanciamiento irremediable: María Teresa Andruetto, la autora, despliega una narración en tercera persona para contar el mediado acercamiento de Julieta –la protagonista, una joven universitaria que se encuentra realizando su doctorado en Alemania– a la memoria de su madre, Julia, recientemente fallecida en la ciudad patagónica de Trelew.<sup>13</sup> La novela construye esa memoria mediante una

11. María Teresa ANDRUETTO: *Lengua madre*, Buenos Aires, Mondadori, 2010.

12. Corinne Pubill observa que «el tema del insilio, tal como está presentado aquí, prácticamente no ha sido un tema desarrollado ni en la historia oficial, ni en las tramas narrativas y sociales debido a la invisibilidad de las víctimas y a la falta de 'archivo' que pueda registrar o medir los daños.» Corinne PUBILL: «Insilio y representación de la memoria en *Lengua madre* de María Teresa Andruetto», *Romance Notes*, 49.2 (2009), p. 152.

13. El hecho de que Julia halle allí su lugar de resguardo y que sea este, a la vez, el lugar en el que será concebida y nacerá su hija, como así también el lugar donde permanecerá alejada de ella –por diferentes motivos, siendo uno muy importante la disuasión de la propia madre de Julia, Ema– no es un detalle menor. Trelew no es un sitio cualquiera dentro de la Argentina. Tiene un peso fundamental en la memoria de la represión porque allí había tenido lugar en 1972 lo que se conoce

serie de cartas que tienen a la madre como destinataria y algunos otros materiales (anotaciones, fotos) que Julia pidió a Julieta que no dejara de leer.

La joven, nacida en 1978, ha sido criada por sus abuelos en un pequeño pueblo de la provincia argentina de Córdoba –provincia de la que, por cierto, es María Teresa Andruetto–, pero había nacido, como ya se anticipó en nota al pie, en Trelew, donde su madre se había refugiado durante la última dictadura militar argentina (1976-1983). Julia padeció años de ocultamiento absoluto, hasta el advenimiento de la democracia, en el mismo sótano donde se había refugiado en su huida de la violencia estatal que implicaba un peligro acentuado a raíz de su participación política y de una activa militancia de la que no tenemos, como lectores, muchos detalles. Lo que sí está pormenorizadamente trabajado es el vínculo –o las características de una relación que han devenido en una desesperante imposibilidad de tal vínculo– entre madre e hija, en un ejercicio de posmemoria en el que la lectura y la escritura constituyen la necesaria mediación para que se produzca algún tipo de transmisión.

El análisis de esta novela desde un encuadre que considere esos necesarios puentes que, oblicuamente, van reponiendo lo que no pudo verbalizarse en una situación de memoria comunicativa directa de una generación a otra, permite contemplar cómo la literatura y diferentes prácticas de escritura impulsan una elaboración del pasado y una indagación en la propia historia para enfrentar efectos persistentes. La carencia de una familiaridad signada por el intercambio cotidiano que no fue posible, en *Lengua madre*, encuentran un sucedáneo, como observa Emilia Deffis:<sup>14</sup>

Los registros coloquiales contribuyen a establecer una mirada íntima de y sobre los personajes, quedando fijados en las cartas (en particular las de la abuela) que vehiculan las formas orales propias de los diálogos familiares.<sup>15</sup>

Las cartas funcionan como una prótesis de esa transmisión oral que no se concretó. La lectura de las cartas no es la única que se produce. De hecho, el con-

históricamente como la masacre de Trelew. El 22 de agosto de 1972, prisioneros que pertenecían al ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y la agrupación Montoneros fueron fusilados después de organizar una fuga masiva de la cárcel de Rawson (Trelew y Rawson son ciudades muy cercanas entre sí y se hallan en la provincia patagónica argentina de Chubut). El fusilamiento lo llevó a cabo un pelotón bajo las órdenes del general Luis Emilio Sosa y ocurrió en el marco de la dictadura argentina que se extendió entre 1971 y 1973, encabezada por el presidente *de facto* Alejandro Agustín Lanusse. De los 19 prisioneros, 16 murieron en el fusilamiento. Sobrevivieron 3 que dieron testimonio de los hechos; pero posteriormente uno de ellos resultó asesinado por la siguiente dictadura argentina (1976-1983) y los otros dos seguramente también, pues fueron secuestrados durante esta misma dictadura y aún continúan desaparecidos. La fuga del penal de Rawson y la posterior masacre de Trelew implicó una honda crisis para la dictadura de Lanusse, que debió asumir la decisión del crimen perpetrado.

14. Emilia DEFFIS: «*Mirar hasta comprender*: la escritura de María Teresa Andruetto en *Cacería y Lengua madre*», en Corine PUBILL y Francisco BRIGNOLE (eds.): *Miradas desobedientes. María Teresa Andruetto ante la crítica*, Valencia, Albatros, 2016, pp. 225-244.

15. Emilia DEFFIS: «*Mirar hasta comprender...*», p. 236.

texto de lectura más inmediato y actual de Julieta tiene que ver con todo lo que atañe a la realización de su tesis de doctorado. Su búsqueda, no obstante, más allá de los rodeos de una justificación académica con la que resuelve la elección del tema, tiene su disparador en la memoria individual. La memoria individual –hasta íntima, podríamos decir– y sobre todo las zonas de silencio de esa memoria, de alguna manera encuentran respuestas en la pesquisa desde una relativa distancia analítica. Lógicamente, en la focalización en el objeto de estudio no hay una aplicación tan directa de esa preocupación fundante. La posmemoria adquiere, en la mediación de la distancia académica y en el conocimiento especializado, un filtro a la vez que una herramienta.

Quando le presenté el proyecto de investigación a su director, él preguntó las razones por las que había elegido *Escritura de Mujeres*. Hubiera preferido hablar de cuando era chica y llegaban a la casa de su abuela las cartas de su madre [...]. Hubiera querido decirle cómo esperaba ella esas cartas, [...] cómo había aprendido a medir el tiempo según lo que sucediera entre una carta y otra [...] hasta que un día, de manera brutal, decidió olvidarlas, [...] pero prefirió hablar del androcentrismo en los estudios literarios, de cómo los diarios publican cada año artículos sobre los mejores escritores de la década o del siglo en los que no se incluye a una sola mujer... prefirió hablar de escritoras injustamente olvidadas o no reconocidas en su real valor [...].<sup>16</sup>

El medio por el que Julieta, en tanto que protagonista, remonta su propia historia da cuenta de una elección de vida bien diferente de las trayectorias vitales emprendidas por sus padres. La forma de relacionarse con sus temas de interés dista notoriamente de las convicciones y las pasiones que guiaban la existencia de ellos. Este aspecto caracteriza las fricciones de comunicación entre los sujetos, incluso mucho más que lo poco o mucho que hayan podido intercambiar de modo directo. A su padre, de hecho, no lo conoce en persona, sino solo a través de rodeos y postergaciones, como por ejemplo el encuentro en Europa con su mujer actual. Hay una diferencia que ha tornado inviable que se produjera una auténtica transmisión.

A diferencia de su madre y de su padre, ella no emprendió ninguna batalla, como no sea la de seguir adelante por sí sola, sin la ayuda de nadie. De modo que no pretende recibir elogios por una lucha que no es la suya [...]. No se puede decir que tiene cierto compromiso social. Ni mucho ni poco. No lo tiene. Si el mundo está o no en sus cabales, si la gente vive bien o mal, a ella qué le importa. Bastante tiene con lo suyo. Y sin embargo, a la hora de elegir una escritora para su tesis sobre el discurso femenino, eligió a Lessing.<sup>17</sup>

La docencia y el ejemplo que Julieta busca en figuras ajenas al ámbito familiar –en principio, el director del doctorado, pero fundamentalmente la propia escri-

16. María Teresa ANDRUETTO: *Lengua madre...*, pp. 41-42.

17. *Ibid.*, p. 47.

tora que constituye su objeto de estudio, Doris Lessing– tiene su contrapartida en una docencia soslayada, pero que ha dejado huella en otros. Como si la transmisión tuviese que ser necesariamente diferida o tener algún grado de desvío:

Varias firmas al pie, de las que sólo distingue algunos nombres: *Cristina, Yolanda, Jimena, Federico, Enrique*, los demás son garabatos para ella ilegibles. Como es incomprendible esa esquila que habla de un fuego sagrado, dirigida a una mujer que –eso dicen los documentos– es su madre. Imagina que se trata de docentes del instituto para adultos del que su madre fue directora en los últimos años, porque tiene anotado: *Trelew, día del maestro de 1999*.<sup>18</sup>

Las lecturas y el tema de investigación activan cotejos, comparaciones, para configurar y pensar una autopercepción. Paradójicamente, la pretendida distancia profesional de la doctoranda deviene un permanente retorno del yo. La aparente fijación en un objeto de estudio elegido para darle continuidad a la carrera académica funciona como piedra de toque para activar una mirada hacia la propia historia. Se trata de un yo no ensimismado, porque Julieta no se regodea en una autorreferencialidad cerrada en sí misma, sino que apela a mediaciones que gradualmente incorporan otras voces. Si bien el trabajo académico se desarrolla mayormente en soledad, se perfila la aspiración a construir una red: el género epistolar y el diálogo con Doris Lessing son una muestra de ello. Si las cartas al principio no son material suficiente, allí está también la biblioteca como un bagaje de referencia. Tanto la bibliografía más afín a su ámbito presente –en el caso de las citas que siguen, el fragmento que remite a Sebald<sup>19</sup>– como la herencia de ciertos estereotipos que también invitan al establecimiento de un parangón –el legado de una impronta romántica:

18. *Ibid.*, p. 48 (cursivas en el original).

19. W.G. Sebald (Winfreg Georg Sebald) fue un docente universitario y escritor alemán, de enorme importancia en cuanto a su producción escrita, a pesar de haber comenzado a publicar de forma tardía (su primera novela se publicó cuando tenía 43 años) y haber muerto bastante prematuramente en un accidente de tránsito en 2001. Nació en Friburgo en 1944 y fijó su residencia en 1970 en el Reino Unido. Allí fue profesor de Literatura Alemana Moderna en la Universidad East Anglia y en la Universidad de Manchester, y fundó y dirigió el Centro Británico para la Traducción Literaria. Es considerado uno de los autores alemanes más sobresalientes del siglo XX. Entre otros rasgos, su obra se destaca por un gran eclecticismo en cuestión de incorporación de materiales, entre los que tienen lugar crónicas de viajes, memorias, ensayos y fotografías, no como una mera apuesta experimental sino en función de la representación de reflexiones sobre la condición humana. Generacionalmente, y más allá de cierta inspiración sebaladiana en el manejo de los materiales, el hecho de que aparezca en la novela de Andruetto no es azaroso: además de haber abordado el tema del Holocausto, en ocasiones de modo especialmente incisivo, Sebald perteneció a la primera generación de alemanes que no vivenció la Segunda Guerra mundial, pero que heredó las consecuencias del nazismo, y fue de la generación que confrontó un pasado ominoso que ya en los años de su formación académica era innegable. Ha sido muchas veces incómodo y antiacadémico en el cuestionamiento de ciertas poses y estructuras verticalistas, tanto a través de la docencia como de la escritura creativa, y en ambos ámbitos de desempeño fue fundamental para la profundización y la desestabilización de cualquier asomo de certezas tranquilizadoras y acriticas.

«Crecí en una familia postfascista alemana», dice Sebald.<sup>20</sup>

Ella no, ella creció en una familia de clase media argentina, con un abuelo italiano y un padre y una madre lo que se dice comprometidos, pero no sabe hasta dónde eso pudo haber cambiado las cosas.<sup>21</sup>

Por un lado, nos encontramos con una referencia bastante indirecta, que hay que rastrear, y que nos lleva a intuir a Julieta leyendo la entrevista en la que Sebald esgrimió esas palabras el 14 de julio de 2001. El inmediato distanciamiento es coherente con la actitud de la joven de procurar una cercanía, una identificación, para inmediatamente replegarse en un mecanismo de autodefensa que la conduce a la lejanía y el aislamiento. Sin embargo, teniendo en cuenta la elección del autor que se menciona, su relación controversial con el pasado alemán y con la forma en que en general ha percibido él que en Alemania se elabora la memoria de ese pasado, hacen que la fugaz mención y la inmediata toma de distancia por parte de Julieta no supongan un abandono del punto de contacto. De hecho, la técnica empleada por Andruetto en la ecléctica ficcionalización que supone la incorporación de diversas fuentes replica una impronta sebardiana, como se anticipó en una nota al pie. Pero, además, en la entrevista de la que proviene esa frase que cita el personaje de Julieta, hay una reflexión acerca de la poca repercusión y el escaso conocimiento que Sebald tenía por aquella época en Alemania (2001, recordemos, año de la entrevista y también de su fallecimiento), así como sobre su dedicación a temas de exilio y de persecución política. Respecto de esta ignorancia o falta de interés que Sebald percibía en Alemania, sostenía que:

Los alemanes se sienten obligados a ocuparse de estas cuestiones [el exilio y la persecución política], y, de hecho, lo hacen constantemente, pero por conciencia de deber. Son campeones mundiales en el sentimiento de culpa. No es un reproche, más bien una constatación: los alemanes de por sí se interesan muy poco por el pasado. Aparentan hacerlo, pero en realidad no es así. Por supuesto, esto les permite concentrarse más en el presente, lo cual es una de las condiciones para su eficiencia, supongo.<sup>22</sup>

Cabe subrayar que Julieta se encuentra en Alemania realizando su tesis. Ha decidido tomar distancia para completar su formación académica; pero, tal como se anticipó, selecciona como materia de investigación a una autora inglesa, es decir que imprime una doble dosis de distanciamiento: al primer alejamiento en relación con sus estudios se añade una deriva en la elección del objeto de estudio que hace que su acercamiento a temas de memoria sea postergado. Obviamente la

20. Con esta afirmación de Sebald incorporada a la novela de Andruetto, se titula una entrevista publicada en el suplemento cultural *Babelia*, del periódico *El País*, el 14 de julio de 2001, poco después de la publicación de la novela *Austerlitz* y unos meses antes de la muerte del autor.

21. María Teresa ANDRUETTO, *Lengua madre...*, p. 51.

22. Ciro KRAUTHAUSEN: «W.G. Sebald: 'Crecí en una familia postfascista alemana'», *Babelia*, *El País*, 14 de julio de 2001.

trayectoria y las bases que la guían son otras, pero también Sebald se ha ido de un país a otro y de un sistema académico a otro. En la entrevista que lleva en el título la frase citada por Julieta, Sebald habla desde Múnich, pero es la palabra de alguien que se ha instalado décadas atrás en otro país. Su migración, personal y profesional, da cuenta de una búsqueda de nuevas latitudes y de la adquisición de nuevas herramientas profesionales para el estudio y la reflexión. Está también la distancia familiar. Si bien Julieta no se identifica con la afirmación de Sebald de haber crecido en una familia posfascista alemana, nótese que en la filiación de la cita en la que se compara con el autor no hay alusión a la abuela. La referencia es a una familia de clase media argentina, a un abuelo italiano, y a un padre y una madre «lo que se dice comprometidos». Ese silencio, si nos detenemos en la fugaz pero significativa mención de Sebald, es un silencio extraño, dado que la figura de la abuela es fundamental en la educación de Julieta. Prácticamente ocupó el lugar de su madre, que seguía viva. Lejos de pretender establecer un juicio de valor sobre los personajes ni ensayar un señalamiento crítico inconducente, en este punto viene a cuento mencionar que hay lecturas de la obra de Andruetto que llevan a ver en el personaje de la abuela un trasunto de la sociedad civil argentina que en cierta medida fue cómplice o al menos justificó algunos aspectos de la última dictadura argentina.<sup>23</sup>

La abuela de Julieta condena la militancia de Julia, actitud que nunca es explicitada en términos de la identidad de la organización, sino sugerida como actitud –por ejemplo, la foto con el vestido y la bandolera, símbolo de militancia–, solicitándole que en nombre de la «cordura», en esos momentos de «tragedia», no se vuelva a Aldao, «jamás», y permanezca en Trelew, ya que tienen miedo –por las cosas que pasan– y han tenido que quemar su biblioteca.<sup>24</sup>

En ningún momento se deja entrever en el personaje de Julieta una actitud condenatoria hacia su abuela. Se subraya el innegable temor y, una vez finalizada la dictadura, la negativa a separarse de la niña ante la posibilidad de que esta pudiera reencontrarse con su madre en el lugar en el que Julieta fue concebida y nació, y en el que Julia sobrevivió en condiciones de encierro y de a poco fue rearmando algunos aspectos de su vida y encontró un rol socialmente reconocido en los ámbitos que frecuentó ya en democracia. Pero es interesante que, a través del manejo de ciertos silencios –como aquel al que se hizo alusión antes en relación con la sintética descripción de la familia de clase media– y mediante la lectura de los materiales que le hacen conocer mejor a su madre una vez que ha muerto, el papel jugado por la abuela queda un poco más desdibujado, o al menos susceptible de ser puesto más en línea con una familia en la que Sebald no se reconoce. Insisto en que no se trata de un parangón exacto; pero para el camino

23. Por ejemplo, Karina VÁZQUEZ: «Historia y proyectos: hacia un análisis del silencio en *Lengua madre* de María Teresa Andruetto», *Signos Literarios*, 18 (2013), pp. 109-130.

24. Karina VÁZQUEZ: «Historia y proyectos...», p. 123, comillas en el original.

de búsqueda de una identidad y de un conocimiento de esa madre ausente, estos puntos de fuga del relato son reveladores e imponen releer la propia historia con otros códigos y otros recursos.

La capacidad de lectura crítica, ya consciente de determinados códigos culturales, lleva a deconstruir la crianza dentro de unos parámetros deudores de ciertos clichés:

Su historia coincide con la de la protagonista de una novela romántica: se crió en Aldao con sus abuelos, en una casa al borde del campo en la que se vivía de un modo sencillo, sin demasiado dinero. Sus primeros años los pasó en ese sitio en la llanura, próximo a un Asilo de Alienados, hasta que asfixiada por la vida austera de su familia y por la mediocridad del pueblo se fue a la ciudad... desde entonces ha saltado de un sitio a otro buscando aquel lugar de infancia y aquel tiempo perdido. Tal vez sea por eso, porque se ha criado en un pueblo, que soporta mal las grandes ciudades como Berlín o Buenos Aires, y quizás también sea por la melancolía que le provoca la llanura, que se ha refugiado en los libros.<sup>25</sup>

Ese nomadismo es un movimiento de huida permanente, pero es también el alejamiento necesario para advertir que la percepción que se tiene de la infancia está signada por aditamentos literarios pasibles de revisión, más aún cuando hay roles y lugares resignificados.<sup>26</sup> Así como las figuras familiares se acomodaron a lo que dejó la dictadura, la geografía resulta afectada. El pueblo pequeño agobia, pero también las grandes ciudades se vuelven insoportables. No hay sitio dónde escapar. Tampoco hay vínculo que venga a llenar satisfactoriamente la carencia afectiva. Todo está dislocado. La memoria en torno a Alemania sirve como piedra de toque para poner en marcha la elaboración de la memoria sobre Argentina. El estudio de la obra de Doris Lessing y la pesquisa sobre la especificidad de una escritura femenina vienen a ocupar tangencialmente el vínculo madre-hija que solo se desarrolló de manera mermada, interrumpida y llena de baches.

## EXTRAÑAMIENTO, LENGUA Y HERENCIA

La escritura de dos mujeres –la de la escritora Doris Lessing por el lado del objetivo de la carrera de Julieta, las cartas de Julia por el lado del legado familiar de ese vínculo complejo y sostenido en el tiempo– son los dos vectores principales entre los que se mueve la lectura desarrollada por la joven. En una inversión,

25. María Teresa ANDRUETTO, *Lengua madre...*, p. 59.

26. «Esta huida a otro país, su determinación para entender otras culturas, la comparación entre dos genocidios, no hacen más que acercarla a lo que es, a lo que fue, pero sobre todo a su anclaje con sus antepasados, con su historia. En este sentido, su recorrido en el extranjero sirve de trampolín para llegar a un estado de madurez que le permite encontrar las herramientas que le abrirán las puertas del entendimiento». Véase Corinne PUBILL: «Insilio y representación...», p. 152.

frente a la imposibilidad de roles ya perdidos, se produce un acercamiento con Lessing en entrevistas presenciales que superan barreras de distancia académica y se convierten en un acto de comunicación cálido, a diferencia de aquel que no pudo producirse con la madre. El extrañamiento y el vaciamiento más marcado conjugan la distancia física con la institucionalización de los intereses, pero es una institucionalización que también halla espacio para un encuentro cálido en el que la escritora es, además de un exponente de una impronta feminista disonante, una interlocutora casi familiar con la que se da una conexión empática y hasta íntima. El clásico tópico de la vuelta a Ítaca, que nos retrotrae al regreso del protagonista de la *Odisea*, es algo que muchos autores han retomado desde diferentes perspectivas. Supone un regreso del viaje de aprendizaje y una abundancia de traspies ligados a lo dificultoso, lo accidentado y la falta de certezas. En el caso de Julieta, el tópico se extrema en el sentido de que no está del todo claro a dónde volver: si al pueblo de esa infancia tildada de romántica o al lugar de nacimiento, en el que su madre sobrevivió. Más desprovista y más sola que Odiseo, aunque su derrotero no haya incluido peligro de muerte, para Julieta volver es un desafío trabajoso:

Necesité estar lejos, extrañarlo todo, para sentirse como en su casa y al mismo tiempo no puede decir que Múnich sea su casa, ni que Baviera sea su patria. Así es como ella se convirtió en una mujer ambulante, sin territorio, sin patria, sin padre. Sin padres.<sup>27</sup>

La pérdida de patria, de signos de reconocimiento –y la búsqueda deliberada de esa pérdida en pos de encontrar una ruta propia– tiene en la lengua un elemento primordial. Recordemos que el título de la novela se refiere precisamente a la lengua materna. La lengua madre es la que por momentos se rechaza, pero es, asimismo, una seña de identidad.

Ama y odia este país ahora que hace años que vive en otro y habla a diario en otra lengua, ahora que hace tiempo que investiga en una tercera lengua la escritura de Lessing, pero sabe que está hecha de esta tierra y de estas palabras, de cada palabra que ha oído, como está hecho de arcilla un cacharro, aunque viva en Múnich, investigue en inglés y hable todo el tiempo en alemán.<sup>28</sup>

Esa tripartición lingüística se decanta siempre por el sustrato de la lengua materna. Los que la oyen hablar por primera vez, detectan inmediatamente algo que lleva a que una y otra vez le pregunten a Julieta de dónde es. La lengua adquirida, como las patrias que se escogen para escapar de un sitio de origen, no alcanza un enraizamiento, y el sentido de esa inviabilidad de pertenencia absoluta trasciende la dificultad física de articular, en la expresión oral, un idioma aprendido en la

27. María Teresa ANDRUEITTO, *Lengua madre...*, p. 60.

28. *Ibid.*, p. 61.

adulthood. Hay otras herencias, más intangibles aún, que se refuerzan en la comprensión de lazos que sobrepasan el nodo principal de la situación referida a la madre. La posmemoria se disemina en trayectorias amplias y a menudo interpela aquellos legados que están menos al alcance o que parecen no tener una incidencia muy directa. Esto no es algo privativo de esta obra. Algo similar ocurre, por dar un ejemplo, en *Diario de una princesa Montonera*, de Mariana Eva Pérez,<sup>29</sup> cuando, más allá de la indagación vinculada a la figura de los padres, se explora el legado de inquietudes que despiertan las abuelas. En *Lengua madre*, el forjar alguna hipótesis que concierne a la línea paterna –la real, la del vínculo establecido con el abuelo que hizo las veces de padre, no con el padre biológico ausente– muestra el rastro de esos otros legados, los menos perceptibles a simple vista:

Cree que la tristeza –como tantas otras cosas– se hereda. Fue educada en ese pueblo, bajo la tutela de un hombre que perdió a su padre en la guerra, que se trasplantó en otro país, que arrastró el dolor de perder a su familia y que llevó ese dolor a todas partes. Eso le dejó huellas. Ella no puede decir: la guerra, el exilio, la muerte, no tienen nada que ver conmigo.<sup>30</sup>

Una vez más, la escritora Doris Lessing refracta un patrón de reconocimiento a partir de su propia experiencia, en esta ocasión, sobre la memoria paterna:

Lessing le habló de su padre, de su fascinación por un padre que estuvo en la Primera Gran Guerra y después se volvió un ave migratoria: ya no pudo quedarse en Inglaterra, porque la isla se le volvió demasiado estrecha.<sup>31</sup>

Este tipo de resonancias habilita el esbozo de un árbol familiar –el padre de Julieta tampoco ha podido volver, y Julieta conoce su depresión y el recurso de su escape mediante las palabras que el padre le escribió a Julia– y la apertura hacia otros temas, como el fenómeno de una migración traumática. La pretendida distancia académico-generacional de Julieta se ve minada desde adentro, desde el mismo objeto de análisis. ¿Esto podría considerarse como una puesta en jaque de la consecución de un plan de trabajo serio y articulado? Una lectura en esa línea estaría tomando únicamente la formación que explora caminos afines, aledaños, pero a la vez distantes de la propia biografía como un mero ejercicio catártico o terapéutico. Lo que pone en evidencia ese desacomodamiento es la complejidad de una operación de lectura capaz de plantearse como algo bien diferente a una incorporación o una acumulación de saberes. El saber está mostrado como una construcción que, como la memoria, necesita ponerse en cuestión, repensarse, ubicarse en relaciones de oposición y complementariedad. La conjunción de tres generaciones de muje-

29. Mariana Eva PEREZ: *Diario de una princesa Montonera –110% Verdad–*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012.

30. María Teresa ANDRUETTO, *Lengua madre...*, p. 63.

31. *Ibid.*, p. 86.

res (abuela, madre, nieta) y la coexistencia de diferentes espacios tienen un pasado, el de la generación que quiso hacer la revolución, lleno de acción y –contrapuesto– un presente signado por una quietud reflexiva. Predominan los verbos que remiten al pensamiento. El verbo «saber», de hecho, se reitera, cerca del gerundio «estudiando» y de la expresión «conocer de memoria». Veamos un ejemplo:

Revisaba entretanto una entrevista a Doris Lessing, una grabación de años atrás. El entrevistador –un periodista de la BBC– preguntaba: ¿Existe la literatura femenina? Ella *sabe* que Lessing conoce de memoria la respuesta, que la ha repetido infinidad de veces [...]. *Sabe* que las mujeres que escriben buscan una respuesta a esa pregunta. Eso –la escritura de las mujeres– es lo que está *estudiando* ella y está *estudiando* de qué modo aparece en los libros de Lessing. Pero *no sabe* qué preguntas busca responder viviendo en Alemania para estudiar la obra de una inglesa que vivió, más que en Inglaterra, en Persia y en Rhodesia.<sup>32</sup>

Y, además, también está muy presente todo un campo semántico que remite a una búsqueda que poco tiene que ver con el riesgo físico, con la actitud de poner el cuerpo que confinó a su madre a un encierro de supervivencia. Ese saber está en tensión inevitable con todo aquello que no se sabe, y que es lo que dinamiza nuevas preguntas. Otro aspecto de esto es la puesta en duda de la propia articulación de una idea tranquilizadora del tiempo. Abuelos, padres y nietos no parecen ubicarse en una progresión generacional previsible. El espacio está dislocado y la joven no termina de hallarse a sí misma en otra latitud –se halla menos aún que en la propia–; la incomodidad atañe también a la ubicación en una línea de tiempo y en una trama de lazos sanguíneos. Julieta es la hija de Julia pero de algún modo también son como hermanas, no porque haya unión de hermandad entre ellas, sino porque las pocas y salteadas visitas de la madre son como las de una hermana que se ha ido lejos («Estaban juntas, como hermanas, hijas las dos de su abuela, criadas por ella, huérfanas ahora, reencontrándose»)<sup>33</sup>. Ema es la abuela de Julieta pero en realidad hace las veces de su madre.

Sabe que ir hacia atrás, hasta el tiempo de esa carta y ver a su madre rebelándose a lo que su abuela consideraba adecuado, correcto, bueno, atinado, justo, implicaría modificar la vida de su madre y su propia vida –toda su vida, incluso hasta el punto de suprimirla–, implicaría internarse en el territorio de las hipótesis, caminos desconocidos que no conducen a ninguna parte.<sup>34</sup>

El personaje de Julieta evita en este punto el razonamiento contrafáctico, rechaza hundirse en una elucubración acerca de lo que habría pasado si las cosas hubieran sido diferentes. Como consecuencia de la dictadura, ha habido una al-

32. *Ibid.*, p. 107, énfasis propio.

33. *Ibid.*, p. 128.

34. *Ibid.*, p. 113.

teración radical de las relaciones filiales. Los abuelos crían a la niña como si fueran sus padres, la madre es percibida más como una hermana mayor que como una madre, el padre es la otra gran figura ausente. En una fotografía en la que la madre aparece con una beba en brazos, esa pequeña no es Julieta sino una prima. La fotografía que se pone en paralelo con una imagen de la abuela y la madre es otra de Julieta con la prima. Todo se encuentra trastocado. En la ya aludida lectura que hace Karina Vázquez de *Lengua madre*, se llega a hablar de la abuela incluso como apropiadora,<sup>35</sup> no como perpetradora de un crimen asociado directamente al terrorismo de Estado, pero sí hasta cierto punto partícipe de la continuidad de una distancia entre la niña y la madre, producto del miedo y de cierta actitud de la clase media argentina, condenatoria de la militancia político-social y de las causas colectivas por las que Julia expuso su vida.



Ilustración del cómic *Estamos todas bien* (2018), de Ana Penyas

### «UN MODO PACIENTE Y ARDUO DE CONOCER»

La buena memoria es una virtud de la protagonista: «Su memoria es generosa: hechos, palabras, frases, párrafos enteros, puede echar mano de ellos cada vez

35. «[S]u abuela [...] no sólo encarna una época sino las formas de pensar de la sociedad que silenció a sus padres –en este sentido, Julieta, al ser apropiada por su abuela, es una ‘hija’ de la dictadura» (Karina VÁZQUEZ, «Historia y proyectos...», p. 124).

que quiere y sabe que eso es un regalo». <sup>36</sup> En verdad, suele ser una virtud de gran parte de las personas que se hallan en la edad de la protagonista, entre los veinte y los treinta años. Es una ventaja. Todo puede actualizarse en la mente joven de Julieta como una lección aprendida: hechos, palabras, frases, párrafos enteros... Pero como el personaje borgeano, Funes, el memorioso, <sup>37</sup> a veces parece faltar la capacidad de establecer relaciones, contextualizar, llenar silencios en los cuales no hay datos para atesorar. Vimos más arriba que en un momento Julieta decide olvidar todos esos contenidos que sabía de memoria, las cartas de la madre que esperaba y memorizaba, porque no parecen corresponderse con la dolorosa ausencia nunca internalizada del todo. Solo podrá comenzar a desandar ese camino cuando pueda establecer un puente entre pasado y presente. Como ocurre con la memoria, que es, naturalmente, un trabajo que interpela desde el presente el pasado, y más aún con la posmemoria, que depende mucho (o mucho más) de mediaciones y mecanismos interpuestos, adicionales, para paliar una mayor distancia y un vínculo directo. Tanto la memoria y la posmemoria como la lectura y la relectura (en este caso, de las cartas de la madre, o más exactamente, a la madre) son un ejercicio presente que, además de permitir conocer más a la otra persona, iluminan sobre todo un perfil propio bajo una nueva perspectiva. <sup>38</sup>

Lee otra vez las cartas. Para su sorpresa, descubre que más allá de algunos recuerdos de infancia y juventud que ahí constan, todo lo que lee, casi todo, es nuevo para ella, se ha convertido en nuevo, a la luz de otros sentidos hasta ahora ocultos. Como si se tratara de una ficción o de un trabajo de investigación plagado de pequeños descubrimientos. Un modo paciente y arduo de conocer, un modo de tener a su madre en la mente, de tener la mente misma en ella, para finalmente dejarla ir. <sup>39</sup>

36. María Teresa ANDRUETTO, *Lengua madre...*, p. 133.

37. Me refiero al personaje del cuento de Jorge Luis Borges «Funes, el memorioso», Ireneo Funes, capaz de recordar con exactitud y al detalle momentos completos, circunstancias y datos pero sin capacidad de establecer relaciones entre las distintas porciones de lo recordado y sin habilidad para la generalización y la abstracción, lo cual va en detrimento de una actividad de jerarquización de ideas y, en definitiva, de una puesta en práctica del pensamiento, ya que la memoria de Funes es de acopio, carece de selección.

38. Pueden resonar, en cuanto a expresiones epistolares, otras cartas de raigambre literaria que atañen a relaciones entre padres e hijos. La *Carta al padre*, de Franz Kafka, en tanto modelo de expresión escrita que intenta saldar catárticamente –o al menos verbalizar una relación compleja en la que los desencuentros resultan especialmente dolorosos–, parece ser un sustrato insoslayable. Si bien en *Lengua madre* no estaría esa puesta por escrito por parte de Julieta adulta, su escritura de niña que echa de menos a la madre se carga de ese tono tensionado entre el reproche y la necesidad de afecto, tan patente y descarnada en el texto kafkiano. El cuento *Cartas de mamá*, de Julio Cortázar, también orbita como posible lectura subyacente. Si bien los detalles del argumento no son tan afines, la escritura a distancia, la lectura en solitario, la existencia de secretos familiares, de lo no dicho, de aquello que cuesta mucho trabajo manifestar encuentra en la carta una suerte de lugartenencia que suplanta o apuntala lo más trabajoso de la expresión. La incorporación de esta textualidad en la literatura enriquece las posibilidades de lectura, tanto por la *intrusión* de un material cuya función primera no es poética, como por la diversificación de puntos de vista.

39. *Ibid.*, p. 225.

Es un trabajo de duelo, sí, y en ese sentido se podrían definir los pasos que recorre ese «finalmente dejarla ir», que no serían muy diferentes de los inevitables procesos de duelo del resto de los mortales. Pero ocurre que, al estar tamizado por las diferentes modalidades de lectura –desde la de la niña que espera ansiosamente la llegada del cartero hasta la especialista en literatura que aspira a una distancia profesional–, el transcurso de ese devenir no es tan previsible. Es más, se funda en una matriz literaria que se nutre tanto de la frecuente lectura desarrollada durante la infancia –con el medio epistolar como principal medio de comunicación–, como en la lectura entrenada que lleva a canalizar, en otros espacios, interrogantes esenciales de esta generación y de estas formas de reelaboración de la memoria.

Aprender de (pos)memoria, con la mediación de lecturas y distanciamientos geográficos y profesionales que llevaron a un alejamiento; pero también con un retorno que obliga a volver a mirarse, ya con la conciencia de haber internalizado determinados procesos históricos y de contar con otros recursos para elaborar y comprender. Esa elaboración no aspira, por supuesto, a naturalizar o asimilar el horror más extremo y las prácticas de persecución, tortura y eliminación a manos de un Estado dictatorial, sino algunas aparentemente incomprensibles derivas de lo ominoso del terrorismo de Estado, como la imposibilidad del reencuentro a pesar de que las víctimas no hayan perdido la vida durante la dictadura, algo muy específico de esta novela por la forma en que conjuga lectura, escritura y transmisión. La lectura, la interposición de diferentes materiales y fuentes, la posibilidad de establecer relaciones con otras latitudes y otras memorias son vectores que funcionan como un andamiaje en esta particular construcción de la memoria. No se trata, claramente, de un acopio de información ni de destrezas; como todo aprendizaje, demanda una dinámica de ida y vuelta, una relación que, si bien no prosperó en el encuentro interpersonal, se manifiesta en una lectura diferida, acentuadamente oblicua. La comprensión llega mediante el acceso a textos que no están en principio dirigidos a su destinataria final y que se encuentran muy lejos de las fechas en que fueron pensados y redactados. Llega, asimismo, en palabras –en la mayor parte de los casos– de otros, no de la propia madre sino de la abuela, de compañeros de militancia, de las personas que ayudaron en la supervivencia, en una babel memorialística bajo la que subyace la voz de la madre. Lo posmemorial tiene huellas de posmodernidad y de *post mortem*, de señalamiento de que algo no se pudo saldar en la sociedad por otras vías. Y allí la narrativa seguirá encontrando huecos, si no para sanar daños irreparables como los infringidos por un sistema de violencia y aniquilación, sí al menos para nombrar lo que se quiso ocultar y silenciar.

.....  
**MARIELA SÁNCHEZ** es doctora en Letras por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP, Argentina). Docente de Literatura Española de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Sus líneas de investigación son la memoria de la guerra civil española y el franquismo, el tratamiento literario de la transmisión oral del pasado y diferentes instancias de diálogo cultural entre Argentina y España en el ámbito de la narrativa.